

la debilidad de la desnudez, y es el pobre; la debilidad del sexo, y es la mujer; la debilidad de la edad, y es el niño. Estas tres debilidades son la fuerza de la Iglesia, que ha hecho alianza con ellas, y las ha tomado bajo su proteccion poniéndose bajo la suya. Esta alianza ha mudado la faz de la sociedad, porque hasta aqui habia sido el débil sacrificado al fuerte, el pobre al rico, la mujer al hombre, el niño á todos. La Iglesia, uniéndose á la debilidad contra los que están provistos de toda la triple fuerza del patrimonio, de la virilidad y de la madurez, ha puesto en equilibrio todos los derechos y todos los deberes. No obstante, el egoismo no se da por vencido, sino que intenta restablecer mas ó menos disfrazado el orden pagano sobre las ruinas del orden cristiano, es decir, la dominacion opresiva de la fuerza sobre la debilidad. ¿Lo conseguirá? ¿Romperá los lazos que retienen en la unidad de la Iglesia al pobre, á la mujer y al niño? Estoy seguro que no; porque bajo las débiles manos que acabo de nombrar, está la mano de Dios, la mano de Jesucristo, la mano de la bienaventurada Virgen María, todo el poder de la razon, de la justicia y de la caridad.

SERMON TRIGÉSIMO QUINTO.

De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto á la autoridad.

MONSEÑOR :

Señores :

HEMOS probado la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural, en cuanto al derecho general, en cuanto á la propiedad y en cuanto á la familia; y hemos reconocido que bajo estas tres relaciones fundamentales, la sociedad católica habia ejercido una accion bienhechora en la sociedad natural, creando en ella una proteccion eficaz de los débiles contra los fuertes. Pero hay otro elemento de la sociedad humana en que no se trata solamente de proteger á los débiles contra los fuertes, elemento complejo, donde se encuentra unas veces una superabundancia de fuerza y otras superabundancia de debilidad: quiero hablar de la autoridad. La autoridad tiene ese carácter particular de ser sucesivamente lo mas fuerte y mas débil que existe, de poder, en un dia dado, aplamarlo todo, y á la mañana siguiente verse hollada á los piés, de suerte que toda su historia en este mundo se reduce á esta palabra de un orador famoso: *Solo hay un paso del Capitolio á la roca Tarpeya.* El Capitolio enorgullece, la roca Tarpeya envilece, y la autoridad oscila entre estos dos términos que son

para ella igualmente funestos. Se trata de defenderla contra el uno y contra la otra, y de asegurarle entre estos dos escollos el honor de la duracion y el imperio de la estabilidad. Veamos lo que ha podido hacer la sociedad natural sola para el establecimiento de este equilibrio, y el auxilio que ha recibido de la sociedad católica para conseguirlo efectivamente.

Hasta aquí, Señores, he marchado sobre cenizas calientes; hoy voy á marchar por carbones encendidos. No estoy conmovido. Tengo que decir cosas difíciles; las diré con tanto comedimiento como franqueza, pero las diré.

No puede concebirse sociedad alguna sin unidad, sin orden, sin potestad. Por efecto de la unidad, millones de hombres divididos en intereses, pasiones, ideas, lugares y tiempos, se encuentran en un solo centro, y se mueven como si no hubiese para ellos mas que un tiempo, un lugar, una idea, una pasión, un interés, una vida. Por efecto del orden, se mantienen las relaciones de los ciudadanos entre sí, tales como han sido definidas por las leyes, con una inviolable regularidad; y si acá y acullá, en la sombra flotante de las masas sociales, algun malcontento se pone á atacar derechos reconocidos, le detiene el espíritu de orden que está en la sociedad y hace justicia. Por efecto de la potestad, descansan tranquilos, sin temor del enemigo, los ciudadanos diseminados por un vasto territorio. Ninguno de ellos, por decirlo así, está en la frontera, y todo el mundo duerme en paz detrás de esa muralla, que no parece defendida, porque hay en alguna parte una fuerza que vela, que aun en el silencio de la noche tiene el oído abierto sobre su lecho solemne, y con un solo movimiento de sus labios transportará mágicamente ante el enemigo un ejército que reuna el valor, la fortuna y la majestad de la patria.

Hé aquí, Señores, la sociedad tal cual la forma la unidad, el orden y el poder. Pero ¿quién le dará esta unidad? ¿Quién le creará este orden y este poder? Es preciso recurrir siempre á algunos hombres, y aun generalmente á un solo hombre, en quien se resumen y residen el poder, el orden y la unidad. ¡Y juzgad! treinta millones de hombres respirando en un solo pecho, impresos en un solo semblante y confiando á un solo hombre toda su fuerza con toda su gloria y todo su destino! Pero ¿cómo podrá un hombre apropiarse firmemente tal grandeza, y llevarla de un siglo á otro, siempre subsistente, siempre igual para las necesidades de la sociedad, pasando con el mismo carácter de la frente de un héroe á la frente de un niño, del triunfo á la derrota, y encargada de componer, con la fragilidad de una vida, la inmortalidad de una nación?

Parecerá tal vez á algunos que nada es mas sencillo, y que un ejército fiel con un general afortunado tiene, en la punta de sus lanzas, todo el secreto de un gobierno durable. Pero un ejército fiel y un general afortunado están, como todas las demás cosas humanas, en la mano caprichosa de la suerte, y la historia justifica á voz en grito que ningun gobierno ha sido menos sólido que el gobierno de los soldados. Por una providencia de Dios, de que debemos darle gracias, desde que domina la espada ó el casco, son mortalmente heridos la unidad, el orden, el poder. Despues que el senado romano, bajo su toga civil, hubo provisto largo tiempo á la estabilidad del pueblo-rey, desde el día en que el poder de las legiones sucedió al suyo, no se vió en Roma mas que señores que llegaban del Eufrates ó del Rin, y que pasaban por el arco triunfal para ir al sumidero. El pueblo, recreado con estos espectáculos, veia venir el nuevo elegido, y le aplaudia con tanto mas furor, cuanto que veia

ya en su frente, al través de la auréola del imperio, el lugar reservado al insulto del día siguiente.

La fuerza militar, tan imponente á primera vista, es la última que puede constituir la unidad, el orden y el poder, porque siendo mas cuerpo que espíritu, es para la vida lo que el órgano para la sangre. Necesita un soplo extraño que la anime y la dirija, sin lo cual aplasta como una roca que no sabe lo que hace, ó se dispersa como el polvo impelido por el viento. La sociedad no es hija de la violencia, es hija de la inteligencia y de la libertad, y no respeta mas que lo que dimana de esta doble fuente ó recibe de ella su mision. No es la fuerza quien la funda, sino la autoridad.

Pero ¿qué es la autoridad? La autoridad es una superioridad que produce la obediencia y la veneracion: primeramente la obediencia, es decir, la sumision espontánea de una voluntad á otra voluntad. «Capitan, poneos allí con vuestra compañía y dejaos matar. — Bien, mi general.» Hé aqui, Señores, la obediencia, ya lo conoceis, una obediencia de hombre libre, donde el que manda y el que obedece son igualmente grandes. El uno ha creído sencillo pedir una vida para el país, el otro ha creído sencillo darla. El uno no ha concebido la adhesion sino porque era capaz de ella, el otro no ha sido capaz de ella sino porque la ha concebido. Ha habido accion y reaccion en aquellas dos almas. Cuando aquellos famosos Spartanos de las Termópilas se preparaban en su corazon á morir por la salud de la Grecia, grabaron en una roca esta inscripcion: «Caminante, vé á decir á Sparta que hemos muerto aqui por obedecer sus santas leyes.» Hé aqui tambien la obediencia, y no una obediencia llevada mas allá de lo necesario, propia solamente de algunos héroes, sino una obediencia tal cual la necesita la sociedad para vivir, tal como la te-

nia Sparta en sus bellos dias. Sparta entera habia hablado á las Termópilas, á los vivos como á los muertos, y no habia en la república un alma que no hubiese respondido al alma de los trescientos.

Sin la sumision espontánea de la voluntad á otra voluntad, y aun algunas veces sin una sumision entusiasta, es imposible la unidad, el orden y la potestad tambien. Porque ¿cómo quereis que tantas voluntades separadas no formen mas que una, si no existe una voluntad soberana que las reuna en sí? ¿Cómo tendréis el orden, si no concurren todas las voluntades por medio de la obediencia á mantener las relaciones establecidas por las leyes, y amenazadas sin cesar por todos los intereses descontentos? ¿Y cómo habrá potestad, si no está pronto á tomar cada ciudadano á la primera orden el lugar á que es llamado?

La veneracion es otro elemento de la autoridad, tan necesaria como la obediencia. Porque la veneracion no es mas que un respeto mezclado de amor, y nosotros no obedecemos largo tiempo á quien no nos inspira amor ni respeto. La voluntad tiene ya dificultad en someterse, aun cuando ame y respete sinceramente; y si este doble sentimiento llega á faltarle, no obedece ya tarde ó temprano. Ni la necesidad ni la fuerza podrian obligarla á ello mas que un momento, y la primera ocasion favorable para desobedecer será la señal de perecer la unidad, el orden y el poder. Todo poder que no produce obediencia y veneracion, no prepara mas que su muerte.

Pero estos principios no nos llevan muy lejos en la explicacion del misterio que nos ocupa. Si la obediencia y la veneracion, fundando la autoridad, son la causa de la unidad, el orden y del poder, ¿qué producirá la obediencia y la veneracion? Comprendo muy bien que la unidad, el orden y el poder sean el resultado de la obediencia y de la veneracion; pero

¿cómo un hombre ó algunos hombres inspirarán á treinta millones de hombres obediencia y veneracion? Hé aqui el misterio. Sobre este punto, el mundo anterior á Jesucristo se ha dividido en dos sistemas : el sistema oriental y el sistema occidental.

El sistema oriental consiste en esto : El hombre no puede obedecer al hombre, ni venerar al hombre. El hombre no puede obedecer al hombre, porque toda voluntad vale otra, y el hombre no puede venerar al hombre, porque el hombre es demasiado pequeño ante su semejante, demasiado igual á él por los achaques de la vida y de la muerte. Es necesario, pues, que la autoridad venga de mas alto que del hombre; es necesario que tenga un carácter inaccesible, que esté revestida con el prestigio de la omnipotencia, que haya entre el súbdito y el soberano tal abismo, que no se atreva á saltarlo aquel ni aun con la vista : en una palabra, es necesario que la autoridad sea Dios. El Oriente ha descansado en esta ficcion, ó mas bien en esta realidad, la única que á sus ojos constituye el poder, haciéndolo venerable y santo. ¿Qué ha resultado de esto? La obediencia y la veneracion, es verdad, pero una obediencia y una veneracion degradantes, cuya historia causa horror. El Oriente no ha querido someterse al hombre, juzgando tal acto tan incomprensible como vil, y se ha sometido á monstruos. Porque la ficcion no convertía la naturaleza humana en el idolo á cuyo favor se introducía, ó mas bien, por un efecto contrario al objeto, la convertía en él, empeorándola y degradándola. El hombre se inclinaba bajo el peso de la divinidad con que se cargaban sus hombros, y á falta de límites que le detuvieran en alguna parte, impelia facilmente su orgullo y su inmoralidad hasta la extravagancia.

Pero al menos ¿tenia á este precio el Oriente la unidad, el orden, la potestad y la estabilidad? De ninguna

manera; en ninguna comarca han presentado un espectáculo mas sangriento y mas nuevo las revoluciones de los pueblos y de las dinastías. Las razas soberanas no han podido sentarse allí, y encontrar en la adoracion una tierra propicia para la longevidad. El cielo ardiente las ha devorado. Y es que en efecto, nada concluye tan pronto como lo que no tiene límites; una hora devora un siglo en manos de un príncipe que todo lo puede y que no es Dios. En vano la idolatria promete la eternidad, ella no la da, es la primera en arrebatlarla. Llega un momento en que la sociedad se doblega al cetro de la demencia coronada, y entonces se realiza lo que está implícitamente comprendido en el contrato de los pueblos y de los reyes de Oriente, y lo que ha expresado felizmente el conde de Maistre en esta fiel frase : « Haced lo que querais, y cuando estemos cansados os degollaremos. » Raras veces han dejado de hacer esto los pueblos.

El sistema occidental es distinto del de Oriente, mas sensato, mas verdadero, mas digno de triunfar, si pudiera triunfar el hombre en cosas tan grandes. El Occidente consiente en ser gobernado por el hombre, y en rendirle por consiguiente obediencia y veneracion; pero, no obstante, le teme; se espanta de poner en sus manos el cetro y la espada; quiere que sea grande sin serlo demasiado, poderoso con medida, dejando un espacio entre la rebelion y una sumision absoluta. El Occidente calcula, pondera, limita el poder. Quiere crear entre el príncipe y el pueblo una especie de penetracion reciproca, que haga de ambos una sola alma, donde tenga la soberania alguna parte en la obediencia, y la obediencia alguna parte en la soberania. Tales son esas repúblicas de Grecia, gobernadas en sus dias de gloria por ciudadanos sacados momentáneamente de la multitud, y ejerciendo el poder como los mandatarios y los representantes de

la ciudad. La obediencia y la veneracion fueron producidas sin duda en este sistema complicado, pero lo fueron insuficientemente. El lugar era demasiado móvil y demasiado estrecho para dar á las naciones toda la estabilidad de que necesitaban.

Es verdad que tenemos de este memorable régimen un modelo memorable y el mas acabado de todos en la república romana. El senado romano es la asamblea mas maravillosa que ha gobernado jamás á un pueblo, y no se sabe qué admirar mas en él, si el espíritu de perseverancia, ó la profundidad de miras, el valor en los reveses, la fe nacional, la dignidad, la religion, y todos esos hombres consulares que despues de haber mandado los ejércitos y hablado en el foro, llevaban al seno de sus cuerpos la gloria personal que habian merecido, añadiendo así á la majestad del poder tanto como habian añadido á la grandeza del pueblo, para que hubiese siempre éntre uno y otro aumento un equilibrio que sostuviese á entrambos. Pues bien, ¿cuánto duró el senado romano, esa grande obra profana del mundo occidental? ¿Cuántos siglos contaís entre el puñal que mató á Lucrecia y el puñal que mató á César? Cerca de cinco siglos. Y al cabo de este tiempo, el senado romano, dueño al fin del mundo, hizo decir á un capitan que se llamaba César, que no pasase el límite de su departamento militar. César reflexionó un momento, y pasó. A este primer acto de desobediencia todo terminó, ya no existia Roma, ó si continuó llevando su nombre fué para caer de Augusto en Tiberio, de Tiberio en Cayo, de Cayo en Neron, de Neron en Heliogábalo, de la obediencia de Occidente en la obediencia de Oriente, y aun agravando la solemnidad de la extravagancia.

Hé aquí todo lo que el arte mas sabio, las circunstancias mas dichosas, la sencillez de costumbres más notable, y la fortuna de conquista mayor que se ha

visto, han producido de obediencia y veneracion, segun el sistema occidental. Hé aquí el mayor cuerpo humano que haya existido jamás: ; y ha durado quinientos años! ; un poco mas de la tercera parte de tiempo que la monarquía frañcesa! Habia pues en este sistema insuficiencia de obediencia y de veneracion, por consiguiente insuficiencia de unidad, de orden y de poder, por consiguiente insuficiencia social.

Pero ¿cuál era la causa de estos dos escollos tan diferentes uno de otro, donde han encallado el Oriente y el Occidente? Erra, Señores, que en Oriente y en Occidente no habia mas que el hombre, nada mas que el hombre. Ahora bien, el hombre solo es incapaz de asegurarse la obediencia y la veneracion, en la medida que es necesaria para conducir una sociedad. El hombre es muy poco para una obra tan grande. Si se le quiere sobreponer mas allá de lo que alcanza naturalmente, se le podrá llamar Dios, se le dirá: *Vuestra eternidad!*; pero no por eso dejará de ser hombre, y por grande que sea por casualidad, ya sea un Tito ó un Nerón, tendrá por heredero algun ilustre miserable, en quien la ficcion sobrehumana solo sea una debilidad mas. Agobiado con este colmo de honor y de poder, sucumbe á él el hombre; se forma en lo interior de su miseria una repercusion de esta majestad falsa, que le convierte en un monstruo, y una vez llegado á este punto, se debilita por si misma la idolatría que le sostenia y arrastra en su caída á todo este edificio insensato. Las dinastías suceden á las dinastías, y los pueblos mismos siguen la suerte de sus jefes. Porque, cuando está el poder incierto y mal sentido, vacila la sociedad misma como un hombre embriagado. La causa de la soberanía es la causa misma de la sociedad. Por esto, Señores, no nos riamos de esas catástrofes sangrientas de reyes; no nos riamos de esa impotencia en que se halla la humanidad para

producir, cuanto lo necesita, la obediencia y la veneracion. Esta es una de sus grandes desgracias. Porque de la obediencia y de la veneracion dependen la unidad, el orden, el poder, la duracion y la estabilidad. No pulvericemos tan fácilmente bajo el peso de nuestra palabra destinos á que están unidos los nuestros. Sepamos comprender nuestra importancia y dolernos de ella. Una parte del género humano ha querido dioses por jefes, y han perecido los dioses; la otra parte ha elegido hombres, y han sucumbido los hombres. Demasiado grandes ó sobrado pequeños, se han hundido por insuficiencia ó por exceso. ¿Qué quereis? El hombre no tenia mas que al hombre.

Si alguna vez vosotros, siendo plebeyos, por uno de esos trastornos que trae el tiempo sois llamados al gobierno de un pueblo, no conteis con vosotros ni con la humanidad para sosteneros. Tarde ó temprano la humanidad os hará traicion; la obediencia y la veneracion se retirarán de vuestra obra, y vos admiraréis de haber hecho tan poco con tanto genio. Desgraciados de vosotros entonces, pero tambien desgraciados de nosotros: la desgracia es comun, y por esto no triunfamos nosotros de ella. Busquemos mas bien su remedio en aquel que hemos visto tan ingenioso para curar nuestros males. Veamos, contra esta fuerza y esta debilidad exageradas del poder, los socorros que ha traído á la sociedad natural la sociedad católica.

La sociedad católica ha abierto en el mundo dos fuentes inagotables de obediencia y de veneracion: la una pública, la otra secreta.

La fuente pública de la obediencia y de la veneracion abierta por la sociedad católica es, Señores, la autoridad de su jerarquia. Hace mil ochocientos años que el papado, el episcopado, el sacerdocio cristiano son obedecidos y venerados de la mayor sociedad de los nombres que hay en el mundo, sin necesitar jamás

fuerza para inclinar una frente ó una voluntad. La obediencia es libre en ella, la veneracion es libre tambien; cada fiel puede rehusar ó retractar á toda hora su homenaje, y no obstante este homenaje subsiste inalterable y santo, á pesar de las vicisitudes de favor ó de persecucion, á pesar de los esfuerzos perseverantes del mundo para marchitar en su origen un amor que le sujeta, un respeto de que se ofende. La jerarquia católica, sin otro recurso que la persuasion, se hace obedecer y venerar como en ninguna parte ni en ningun tiempo ha sido obedecida y venerada ninguna majestad humana. El hecho es sensible y manifesto; no necesita ninguna demostracion; basta enunciarlo para convencer y admirar el espiritu. Pero si necesitase una demostracion, ó mas bien un ejemplo, recordad lo que pasó aquí mismo en la inauguracion del presente siglo.

Todo lo habiamos destruido, hasta lo pasado; en nuestro odio contra todo objeto de piadoso culto, habiamos abierto los sepulcros donde descansaban, desarmados por la muerte y bajo la sola guardia de nuestros recuerdos, los grandes servidores de la patria, y por el solo placer de desafiar á la majestad hasta en el féretro, habiamos arrojado sus cenizas al viento y al desprecio. Jamás, en ningun momento de la historia, habian estado mas lejos de los corazones la obediencia y la veneracion. En aquel tiempo llegó un anciano; era llamado por un jóven que tenia todo el prestigio de la gloria, pero que necesitaba arrodillarse ante el vicario de Jesucristo para recibir con esta inclinacion el sello de una autoridad mas elevada. El anciano llegó armado con su sola bendicion; llegó en medio de ese pueblo que habia hollado á los piés en un solo dia todas las generaciones de sus reyes, y apareció en los balcones de las Tullerias. No bien se le hubo visto, demostrando en su semblante mas des-